

LOS GRANDES FILMS
mudos y
sonoros



EL DEMONIO DEL MAR
RAQUEL TORRES NILS ASTHER

50
CTS



ROGGLES, Wesley

Los Grandes Films Mudos y Sonoros

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNI
Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléfono 1884

El demonio del mar

CSEA BAT, 1931

Emocionante asunto, interpretado por
Raquel Torres, Nils Asther, Charles Bickford,
John Miljan, etc.

10

Es un film

METRO-GOLDWYN-MAYER

Distribuido por

METRO-GOLDWYN-MAYER

IBÉRICA, S. A.

Mallorca, 220

BARCELONA

El demonio del mar

Argumento de la película

Extraña entre todos los seres extraños del mar, la Raya Gigante, conocida por "El Demonio del Mar", es una rara especie de pez volador que se produce en las aguas ardientes de las Indias Occidentales.

Es un monstruo enorme que utiliza para volar las aletas de su cuerpo y cuyo solo nombre constituye el terror de aquellos mares.

La isla de la Tortuga, situada en los parajes tropicales, se hallaba siempre poblada de gentío, animada bajo voces y cantos diversos. Durante el día atronaban la isla los gritos afanosos de los pescadores de esponjas. Durante la noche los cantos funerarios de los adoradores del dios Vudú.

En uno de los muelles de la isla se balanceaba el velero "Breese". Su tripulación estaba formada por blancos americanos que se dedicaban a la pesca de esponjas. Recorrian continuamente aquellos lugares

en busca de los racimos más esponjosos y delicados.

La noche anterior habían efectuado un largo recorrido adquiriendo una numerosa redada de esponjas, que algunos de sus tripulantes cubiertos con el traje de buzo habían arrancado del fondo del mar.

Ahora, después de descansar varias horas y recuperar fuerzas para las nuevas jornadas de actividad, el capitán dió orden de despertar a todos los tripulantes.

Aquella gente ruda, brava, valiente, acostumbrada a mirar de frente el peligro y a no temerlo jamás, saltó de sus literas dirigiéndose a cubierta para izar las velas y emprender pronto la marcha.

Algunos disputaban al levantarse y hasta salían a relucir cuchillos que por un momento ponían el hábito de la tragedia en la cámara, pero la cosa no pasaba de ahí. Y cantando rudas canciones volvían al trabajo.

Juan era uno de los hombres de peores instintos de la tripulación. Acostumbrado a beber, siempre tenía en el pecho un ansia extraña de provocación y majeza. Todos le temían y él se las echaba de matón.

—Juan, te lo estoy siempre diciendo— le reconviene el capitán en términos cariñosos—, Vas a quemarte los pulmones de beber de esta manera.

—Pero me habré divertido— respondía invariablemente apurando nuevas copas de licor.

Era beber su placer más grato, el que iba constantemente con él, el que no le abandonaba ni en las

tempestades en alta mar ni en los encuentros con el pez raya, cuando este monstruoso animal parecía ir a volcar con su peso la frágil embarcación.

Juan salió del barco para ir a la taberna en busca de licor. Por el camino encontró a Nina, la hermana de Carl, otro de los tripulantes.

Nina era guapa, de una belleza morena y algo salvaje como su propio temperamento. Era de raza blanca, criatura norteamericana que llevaba ya varios años en el ambiente tropical y se había saturado hasta los tuétanos. Medio sensual, medio ingenua, no era más que un producto del ambiente en que vivía. Muchos podían tomarla por una criatura del país.

—¡Hola, Nina! ¿Cómo estás?—le dijo.

—Gracias. Tengo prisa.

—Vas al barco ¿eh?

—¿Te interesa?

—Todo lo tuyo me interesa. Pero ¿qué llevas ahí escondido en la mano? ¡Déjame ver!

—¡No quiero!

Juan, hercúleo, le abrió la mano y descubrió un grotesco y negro ídolo vudú, el dios que se veneraba en aquellos países.

—Apuesto a que se lo llevas a tu hermano Carl para que le sirva de amuleto. ¿verdad?

—No te equivocas. Pero devuélveme eso, Juan.

—Me lo quedo como recuerdo tuyo.

Mas Nina con una listeza extraordinaria se lo arrebató y echó a correr con su valioso tesoro.



—*Todo lo tuyo me interesa.*

Juan, sonriente, se dirigió a la taberna para hacer buena provisión de licores. Regresaría inmediatamente a bordo.

Nina llegó al barco y corrió hacia su hermano

Carl, un buen mozo de veintitantos años en cuyo rostro estaban reflejada la dignidad y la nobleza.

Le abrazó con inmensa alegría y le entregó el ídolo vudú en el que ella tenía puesta una fe religiosa. Porque a ese extremo había llegado la muchachita. A perder la fe cristiana inculcada desde su niñez, a substituir el culto a la Cruz por las grotescas figurillas de los paganos.

—Toma, Carl, esto te dará suerte. Es un amuleto precioso.

Carl se echó a reír con su risa jovial de hombre optimista, y rechazó el obsequio.

—Gracias, pero no me interesa.

—¿No tienes fe en él? Pues aquí todo el mundo le guarda una gran devoción... No lo dejes... Cada vez que sales de pesca tengo miedo de que el Demonio del Mar pueda despedazarte.

—¡Bah! Poco poder tienen tus ídolos. Yo tengo otra fe, otra imagen a quien venerar.

Y le mostró una cruz que llevaba pendiente de una cadenilla y agarrada a la muñeca.

Nina miró con poca simpatía el símbolo de los cristianos, abogando por que él aceptase el ídolo vudú. No lo pudo conseguir. Carl no objuraba de la fe de sus mayores.

Juan había vuelto entretanto al barco. Todo el mundo estaba preparado para la marcha.

—Vayamos esperándonos —murmuró— mientras él habla con su hermanita...

Carl escuchó aquellas frases y le midió con una



...tengo miedo de que el Demonio del Mar pueda despedazarte.

oleada de desdén. Nina se despidió de su hermano.

—¿Cuándo volverás a estar aquí?

—Creo que mañana mismo.

—Ven a casa. Papú te encuentra mucho a faltar.

—Por supuesto. No faltará.

Y Nina abandonó el barco, despedida por Carl y los demás marineros, entre ellos Juan, que la contemplaba con una mezcla de adoración y de burla.

* * *

El barco levó anclas y empezó a partir majestuosamente empujado por el fino viento.

Juan hablaba con el capitán y varios tripulantes.

—A ver si esta vez tendremos mejor suerte y sacamos mejores esponjas—dijo el capitán.

—Yo hice lo que pude—respondió Juan.

—Las buenas esponjas hay que buscarlas a cien pies de profundidad.

—Ya lo hago. Pero a lo mejor, el hermanito tiene miedo de sumergirse—agregó Juan, contemplando de reojo a Carl. Este pareció no escuchar la frase y continuó trabajando en su labor.

Al cabo de largo rato de navegación llegaron al lugar donde debían buscar las esponjas. Carl y Juan eran los encargados de hundirse en las profundidades del mar y arrancar del fondo aquellas amarillas y porosas sustancias.

Cubiertos con el traje de buzo los dos hombres a quienes parecía separar una profunda antipatía, descendieron por la escalinata hacia el tenebroso piélago.

Unos tubos de aire les ponían en comunicación con el exterior. Iban armados de cuchillos con los

cuales poder cortar las esponjas y defenderse a la vez de cualquier inopinada agresión.

Los dos hombres bajaron hasta unos cincuenta metros. En la semiobscuridad que se encontraban, andando entre una atmósfera de color verde, iban buscando los manojos más grandes de esponjas.

Desde cubierta, la tripulación estaba a la expectativa, vigilando los movimientos de los tubos para izar inmediatamente a Carl y a Juan a la primera señal que éstos indicaran.

De repente, el capitán y varios marineros dieron un grito señalando un enorme pez que sigzagueaba sobre las aguas.

—¡El Demonio del Mar!

Era él, la Raya Gigante, el monstruo que no daba cuartel, el pez volador cuyas terribles fauces eran destructoras como las de un tiburón.

—¡Izad a los hombres en seguida!—dijo el capitán.

El enorme pez había desaparecido en el interior del mar, levantando una gran columna de agua.

Velozmente los marineros enrollaron la cuerda haciendo subir a sus camaradas. Pero si bien la cuerda que sostenía a Juan subía rápidamente, sin el menor obstáculo, en cambio la que ataba a Carl se mantenía inmóvil como si un peso la sostuviera desde abajo.

Herrorizados sospecharon lo que estaba ocurriendo. El Demonio del Mar se habría lanzado contra Carl y tal vez lo estuviere destrozando.

Pasaron momentos de angustia. Con toda la fuerza de sus brazos tiraban hacia arriba, procurando ser más fuertes que el peso resistente del fondo. Por fin, al cabo de largos minutos de incesantes esfuerzos consiguieron que la cuerda se izase y a poco apareció en la superficie el cuerpo de un hombre en posición horizontal.

—¡Quitadle la escafandra! ¡Pronto!

Le despojaron inmediatamente del traje y del casco de acero. Vieron un cuerpo amoratado y rezumando sangre. Una débil y entrecortada respiración agitaba como pequeño fuelle el pecho de aquel hombre. Sus ojos estaban cerrados, su boca tenía un ligero movimiento convulso.

Carl había sido atacado por el poderoso gigante. En vano quiso librarse de la fuerza de aquellas aletas que le atravesaban la carne como cuchillos. No pudo. Sintió que su cuerpo era cogido por el monstruo. Perdió el conocimiento.

El enorme pez tal vez lo hubiera triturado entre sus afilados dientes si los marineros no consiguieran con un esfuerzo unánime el librarlo de la fiera.

Pero ahora al contemplarlo libre sobre cubierta, tuvieron que reconocer que el Demonio del Mar había causado una nueva víctima. Carl se estaba muriendo.

Juan, que ya se había despojado de su traje de buzo y que por fortuna se había visto libre del ataque del monstruo, miraba con fingida compasión a su compañero. ¡Pobre chico! Y esta vez había des-

cendido hasta lo más bajo consiguiendo cortar las mejores esponjas que aun llevaba pendientes en el traje impermeable.

Fueron inútiles los cuidados para devolver la vida a Carl. A los pocos minutos aquel muchacho alegre, trabajador, que nada temía, había muerto.

Profundamente impresionados, todos se descubrieron ante el cuerpo juvenil paralizado para siempre.

El capitán ordenó que ondease en lo más alto del palo mayor la bandera negra, señal de que llevaban un muerto a bordo.

Doloridos por las amargas consecuencias de aquella pesca, viraron de nuevo hacia la isla.

Pero el pez raya, como si aun no tuviera bastante con haber asfixiado entre sus miembros al pobre Carl, apareció de nuevo en la superficie levantando enormes chorros de agua y pareciendo dispuesto a atacar la embarcación.

—¡Pronto! ¡El cañón!—ordenó el capitán.

Prepararon la puntería y lanzaron el afilado arpón en dirección a la fiera.

El venablo vino a hundirse en la propia carne del gigantesco pez quien dió unos impresionantes saltos sobre el mar hasta caer de nuevo ligeramente herido, desapareciendo a los lejos...

Cortaron la cuerda del arpón y emprendieron el viaje de regreso con el dolor de haber perdido a uno de los más estimados compañeros, uno de los

de mayor coraje y sangre fría, a pesar de la opinión en contra de Juan.

Horas después llegaban al puerto. Desde la puerta de su casa, Nina había visto entrar el bote comprobando con espanto que llevaba izada la bandera negra.

—¡Oh, Nina! —le dijo a su criada indígena—. ¡Alguien ha muerto a bordo!

Y sin decir nada a su padre, el viejo gobernador de la isla, corrió al muelle donde los marineros desembarcaban ya el cuerpo de su infortunado amigo.

—¿Quién ha muerto? ¿Quién? —preguntaba presintiendo algo terrible.

No le respondieron y en la faz abanda de aquellos hombres, en la conmiseración con que la miraban, adivinó Nina la verdad.

—¿Ha sido Carl? ¿El? —exclamó.

Temblando levantó el paño que cubría la cabeza de la víctima y al convencerse de que se trataba de su hermano, cayó de rodillas junto a él, llorando desesperadamente, con un gemido tan doloroso que hacía saltar lágrimas a los demás hombres.

La tuvieron que sacar de allí a viva fuerza. Pero antes Nina arrancó del brazo de su hermano el brazalete con la cruz.

—¡Hermano! ¡Hermano! ¡Mi Carl!

Y su lamento cruel pareció llenar la isla, el mar, el horizonte entero como una protesta contra el ciego destino de los hombres.



...al conocerse de que se trataba de su hermano...

Transcurrieron varios días. En casa de Nina seguía reinando la más grande desolación. El padre

estaba como aturdido ante la muerte de su hijo varón. Pedía al vino el consuelo de sus penas y las luces deslumbrantes del alcohol le impedían ver, discernir la amarga realidad.

Sin embargo, poco a poco, pareció ir olvidando al hijo perdido. Su imaginación en estos últimos años a causa del trabajo incesante y de una enfermedad nerviosa se había debilitado bastante y no discernía con claridad normal.

A los pocos días volvió a reanudar su vida de siempre, de gobernador de una isla donde no hay nada que hacer.

El señor Limey llevaba ya muchos años de gobernador. Un gobernador puramente nominal, que no se cuidaba apenas de nada. Bien es verdad que tampoco ocurría allí casi ningún acontecimiento donde se hiciera necesaria su intervención.

Una tarde corrieron a advertirle de que llegaba el vapor correo y que seguramente entre los pasajeros figuraría el Pastor Peters, misionero de la isla, que llevaba gozando una temporada de licencia.

Se apresuró a ir al muelle donde aguardaban también el regreso del pastor numerosas personas entre las cuales figuraba el marinero Juan.

Pero el barco atracó y no vieron por ninguna parte al amado sacerdote Peters.

—Capitán—preguntó Limey—. ¿Dónde está Peters?

—Está con fiebres, gobernador. En su lugar viene el Reverendo Sims.



...estaba como aturdido...

Apareció un hombre robusto, alto, de modesto aspecto, pero de ojos enérgicos y vibrantes.

—¡Bienvenido, Padre Sims!—le dijo Limey dándole la mano.

El capitán del barco se encargó de presentar a los vecinos de la isla para los cuales tuvo el nuevo pastor consoladores y oportunos conceptos.

—El pastor Peters era uno de mis mejores amigos—dijo Limey—. Siento mucho lo de su enfermedad.

—Hace ya bastantes semanas que se encuentra enfermo. Yo no le conozco personalmente, pero he aprovechado esta ocasión para venir a esta isla, naturalmente con la autorización de mis superiores—contestó Sims.

—Se lo aseguro, padre—dijo Limey—. Por aquí no van muy bien las cosas.

—Ya procuraremos arreglarlas. Hay que luchar contra el alcoholismo del país.

—Pastor, ¿quiere usted ocupar mi casa? Hay habitaciones disponibles. Se encontrará usted bien en ella—agregó el gobernador.

—Muchas gracias, señor Limey, pero desearía vivir solo.

—Hay una casita desalquilada. Muy sencilla es, pero no puedo ofrecerle otra cosa.

—Me basta con lo que haya. Nuestra vida nunca puede ser de comodidad—añadió.

—¿Quiere usted vivir en mi casa?—dijo Juan—. Somos doce hombres como yo.

El padre Sims lanzó una extraña mirada a aquel sujeto. Le pareció, con una simple ojeada, poco digno de su aprecio. Su expresión, sus maneras, todo denotaba en él al hombre poco caballeresco.

—No me diga que hay aquí once personas como usted—le respondió con amargura.

Juan se retiró a un rincón mascullando palabras gruesas e improprios contra el sacerdote.

¡Pues sí que parecía bravucón! Sus ojos enérgicos y centelleantes, más que los del pastor de almas, denotaban a un hombre de existencia ruda, acostumbrado al mando y a la lucha.

Le parecía que haría pocas migas con él.

El gobernador invitó al padre Sims a descansar unos momentos en su residencia.

Los dos anduvieron lentamente por la calle principal de la isla. La gente se volvía a contemplar a aquel hombre vestido de negro con su laga levita y su sombrero de fieltro.

¡Era simpático el nuevo padre!

Los negros que residían en la isla y que estaban casi en un estado de salvajismo entregados a sus cultos paganos y a su miserable vivir, miraban con ojos estúpidos el paso del sacerdote blanco.

El padre Sims vió que un indígena estaba azotando rudamente a una pobre cabrita a la que hacía arrastrar un pequeño carro cargado de numerosos troncos de leña.

El animal no podía con aquel peso y balaba tiernamente como una protesta contra la crueldad de los hombres. Y el negro, excitado por un bárbaro furor, azotaba la piel de la desgraciada bestezuela.

No pudo contenerse el pastor y acercándose al negro le rogó no pegase a la cabra. Pero en vez de

atender su petición, el bruto la pegó más duramente que antes.

El padre Sims no parecía ser del temperamento angelical de su antecesor, el padre Peters, hombre que tenía únicamente como arma la persuasión y la bondad.

De un formidable puñetazo derribó en tierra al indígena, y luego desenganchó el carrito poniendo en libertad a la cabra.

—Para que te acuerdes a obedecer mis órdenes —le dijo—. Nunca maltratarás a ningún animal.

El negro huyó rápidamente, y la escena causó gran sensación entre todos los habitantes del pueblo.

¡Vaya con el nuevo pastor! Este sí que era un hombre enérgico que no sólo empleaba la palabra cristiana sino que sabía llegar a los hechos cuando era necesario que imperase la justicia.

¡Magnífico! ¡Magnífico!

Juan y varios amigos habían seguido de lejos al sacerdote y comentaban su conducta.

—Nunca había visto un pastor así. ¡Qué extraño! ¡Si parece un pirata!—murmuró.

El padre Sims se detuvo ante un cartel medio borroso y lo leyó con atención. Era el anuncio oficial del gobernador general del archipiélago, prometiendo doce mil francos al que entregara a John Dennis, un presidiario escapado de la isla del Diablo y cuyas señas se indicaban a continuación.

El pastor se echó a reír:

—John Dennis, estatura seis pies, ojos azules, cabellos oscuros—dijo con una leve sonrisa—. ¡Vaya, vaya! Todos estos datos coinciden en mí.

—No creo que nadie pueda confundirle con un presidiario—dijo Limey.

Juan había sorprendido aquel diálogo y contempló con fijeza al sacerdote. Luego una vez éste se hubo alejado, leyó el anuncio oficial. ¡Qué extraño todo aquello, qué extraño!

Limey y el pastor llegaron a casa del primero. El gobernador quiso obsequiar a su huésped con una copa de ron, pero Sims se negó.

Apareció Nina, la inquieta y selvática Nina. Desde la muerte de su hermano estaba más arisca, más preocupada, más salvaje que de costumbre.

—Esta es mi hija Nina. Es lo único agradable que tiene mi vida—dijo el gobernador—. Desde que murió mi pobre hijo, ella es mi solo consuelo.

—¡Hermosa muchacha!—dijo Sims con cierta ingenuidad.

—Nina, el Reverendo Sims ha venido para darte su bendición—indicó Limey.

Pero Nina, que sentía un odio feroz por cuanto se relacionaba con la religión cristiana desde que murió su hermano, contestó en forma desabrida:

—¡Déjeme sola! No necesito para nada sus bendiciones.

—Vamos, no sea usted así, Nina...

—Perdónela—dijo su padre—. Desde que murió el pobre Carl, no es la misma de antes.



—Esta es—...no sea usted así, Nina...

—Debe usted consolarse, Nina. Todo cuanto Dios hace es justo—dijo el pastor con bondad.

—No tengo fe alguna en el cristianismo—respondió ella—. Mi único dios es el Vudú.

—¡Loca!, ¿por qué blasfemas?—le dijo su padre con indignación.

—¡Déjela estar!—intervino bondadosamente el sacerdote—. Estoy seguro de que en el fondo tiene un leal sentimiento cristiano.

Nina contemplando con altivez a aquel pastor joven y enérgico que en nada se parecía al que habían tenido anteriormente, se encerró en su cuarto.

Limey acompañó a Sims hasta la casa que éste debía ocupar en lo sucesivo. Era una vivienda modesta, pequeña, casi sin comodidad alguna. Pero a Sims le pareció de perlas.

—Es una cabaña solitaria y así me gusta. De este modo podré estar más cerca de Dios.

El gobernador se despidió de él y Sims, ya solo, lanzó un inmenso suspiro. Abrió la maleta y fué sacando de ella sus ropas, sus diversos objetos. La Biblia en primer lugar. Después una pistola que acarició con cierta delectación...

* * *

Al día siguiente Nina se encontraba en la orilla del mar. Sus manos sostenían el brazaletes con la dulce cruz del cristianismo...

—¿Por qué no salvaste a mi hermano? ¿Por qué ha muerto Carl?—decía contemplando el crucifijo.

Y su alma sentíase invadida de furiosos anhelos y juraba ser fiel al culto del dios Vudú en el que ella creía con ardiente afán.

Juan se acercó a ella y pretendió acariciarla.

—¿Déjame tranquila, cobarde!

—¿Cobarde yo?—protestó el buen mozo.

—Sí, porque dejaste morir a mi hermanito.

—Sabes bien que no tuvimos la culpa, gatita arisca. Fué el Demonio del Mar.

—Vosotros debisteis evitarlo.

—No se pueden evitar todas las cosas que se quieren. ¿Cómo vas a evitar ahora, por ejemplo, que yo te dé un beso?

Y atrevidamente, llevado de la pasión que aquella mujer le inspiraba, la ciñó por el talle y quiso darla un ardiente beso. Pero ella, hábil y ducha, le quitó el cuchillo que llevaba en el cinto y le amenazó con la punta sobre el corazón.

—¡Si no me dejas, te mato!

—¡Vamos, cálmate, mujer!—dijo temeroso.

Aparecieron varios camaradas de Juan quienes arrebataron el arma y se la devolvieron a su dueño.

—¡Partida de cobardes!—rugía la muchacha.

Todos se echaron a reír.

—¿Cobardes nosotros y hemos desafiado la muerte mil veces?—decía Juan.

—No habéis matado aún al Demonio del Mar.

—Pero estuvimos a punto de hacerlo.

—Pues escuchadme — agregó contemplándoles con una mirada de infinito ardor—. Quien quiera a Nina tiene que matar al Demonio del Mar.

—¿Lo prometes?—dijo Dutchy, otro de los ma-

rineros que soñaba con ser algún día dueño de la espléndida belleza de la moza.

—Prometido, Nina sólo será del hombre que mate al Demonio del Mar—afirmó solememente.

—Pues cada uno de nosotros, ya sólo tendrá un pensamiento. Matar al pez gigante—dijo Juan.

Nina sonrió triunfalmente y se alejó... Quedaron los marineros haciendo comentarios acerca de la necesidad de echarse cuanto antes al mar para clavar un bien dirigido arponazo al monstruo. Quien lo hiciese, ganaría el amor de Nina.

El pastor Sims, oculto tras unos acantilados, había estado escuchando la conversación de Nina y los marineros.

¡Descarriada muchachita! El debería llevarla al buen camino, alejándola de todo mal...

Lentamente, fué a dar un paseo por el pueblo. Al pasar ante la casa del gobernador, entró a ver a éste. Limey aparecía preocupado.

—¿Qué le ocurre?—le preguntó.

—Estoy muy triste por Nina. Está apostatando de la religión cristiana y desde que murió mi hijo rinde fervorosa adoración al dios Vudú. Es horrible ésto.

—¡Pobre Nina!

—Me verá obligado a darla una buena paliza a ver si de este modo se enmienda.

—Ese no es el camino para dominarla. Hay que persuadirla en otros términos.

—¿Por qué no habla usted con ella? Usted debería salvarla, hacerla ver lo equivocada que se encuentra.

—Lo probaré aunque no me hace mucho caso. Pero entre todos hay que salvar a Nina.

—Ahora se ha dado a la adoración del dios de esos salvajes. ¡Es terrible para mí verla en tales ceremonias!

—Procuraremos que no suceda más. Almas más duras ha vuelto el Señor por la buena senda.

Y despidiéndose de su amigo, Sims regresó a su cabaña, saludando a todos los convecinos, que le contemplaban con afectuosa simpatía.

Sólo Juan parecía mantenerse en una actitud recelosa. Tenía gran antipatía a este loco enlutado, como así le llamaba.

Le contempló fijamente como si quisiera grabar bien en su imaginación cada uno de sus rasgos y facciones. Después se dirigió a leer de nuevo el anuncio oficial puesto algunas semanas antes. Rascóse la cabeza al leer aquellas líneas:

Una recompensa de 12.000 francos se ofrece a quien facilite datos que permitan arrestar a John Dennis, escapado de la prisión de Saint Laurent.

Estatura 6 pies. Ojos azules. Cabellos oscuros.

Juan se echó a reír. Volvió a mirar el camino por donde había desaparecido el pastor. ¡Caramba, caramba! ¿Por qué no podría ser que?...

* * *

A la mañana siguiente, Juan y varios marineros se hicieron a la mar con el propósito de dar muerte al enorme pez gigante y poder recibir como ofrenda y generoso premio el amor de Nina, esa criatura que debía ser, para el amor, de una delicia soberana.

Nina, entretanto, bien ajena a que aquellos hombres expusieran su vida por ella, se encontraba en pleno bosque, en un fiesta hindú, bailando alrededor de un ídolo asqueroso y en compañía de furiosos negros de torsos desnudos que rendían frenética adoración a su dios... La función religiosa iba acompañada de una especie de música infernal que había de herir todos los oídos que no fuesen de aquellos salvajes.

El padre Sims, que rondaba por los alrededores, vió a Nina oficiando en aquella especie de siniestra misa negra. Sin poder contener su indignación por aquella acción absurda, por aquella idolatría incomprensible, Sims avanzó hacia ella y, cogiéndola en brazos, se la llevó lejos de allí, a pesar de sus enérgicas protestas.

Los salvajes, extasiados en las plegarias hacia su ídolo, no repararon siquiera en el rapto.

Nina gritaba, llenando de los más fuertes insultos al pastor. Pero éste, sintiendo en sus brazos el febril temblor de aquel cuerpo delicado y ju-

venil, no hacía el menor caso de sus denuestos.

Por fin, ya lejos de aquel bosque, Sims depositó en el suelo su preciosa carga.

—¡Insolente! ¿Cómo se ha atrevido usted?...

—No podía consentir más tonterías.

—¿Con qué derecho interviene en mis cosas?

—Con mi derecho y mi deber de sacerdote...

¿Qué clase de mujer es usted, que adora como los salvajes a esos falsos y repugnantes dioses?

—Tengo mayor confianza en ellos que en su Cruz.

—¡Blasfema!

—Pues déjeme usted tranquila, si no me quiere oír.

—¡Una muchacha como usted, hacer esto!—lamentó—. ¿Cómo es posible que haya olvidado al verdadero Dios, a mi Dios?

—¿Su Dios? ¿Quién es su Dios? ¿El que me hizo perder a mi hermano, el que consintió que muriese?

El pareció horrorizarse al oírla.

—No quiero tratar de reformarla. No lo merece—contestó.

—Celebro que sea ésa su opinión.

—¡Lo que necesita usted es un buen correctivo, una paliza!

—¿Cómo se atreve a decirme eso? ¡Canalla!

Y su mano cálida y tostada por el sol, cruzó de una bofetada sonora el rostro del pastor Sims.

—¡Nina!

Pareció cambiar de expresión. Su rostro adquirió

una mueca de crueldad, de venganza. Cogió furiosamente entre sus brazos a Nina, zarandeándola, pronto a contestar con la agresión a la agresión. Pero de repente la soltó, como desconsolado.

¿Se acordó de que era un sacerdote y no tenía derecho a la venganza? ¿Recordó acaso las palabras del Divino Maestro: Cuando te peguen en una mejilla, presenta la otra?

—¡Vete!—dijo, bajando los ojos—. ¡No puedo hacerte daño! ¡Vete!

Nina, arrepentida tal vez de su acto de brutalidad, pareció dispuesta a pedirle perdón; pero su orgullo pudo más que todo y se alejó de allí sin decir nada al reverendo Sims, que se acariciaba la mejilla, amoratada por el fuerte bofetón.

* * *

Al otro día, Limey encontró al pastor Sims, a quien dijo:

—Espero que hoy tendremos sermón, reverendo Sims.

El padre hizo un gesto de extrañeza, como si le pidieran algo muy distante de su ministerio.

—¿Por qué tendremos hoy sermón?—contestó.

—Usted sabe que hoy es el primer domingo de su estancia aquí.

—No tengo preparado mi discurso. No conozco a la gente todavía.

—Sin embargo, en el pueblo están acostumbra-

dos a oír al pastor cuando éste se encuentra aquí los domingos. Debería usted predicar.

—No... Me parece que, a juzgar por la primera impresión que tengo del pueblo, poco fruto iban a conseguir mis sermones. Después de todo, ni vendrían a oírme. Usted sería todo mi auditorio, y no necesita ningún consejo.

—Pero, ¿no va usted a ocuparse de Nina?

—Ella sólo puede ocuparse de sí misma—respondió con cierta agresividad, recordando la bofetada del día anterior.

—Pero, reverendo Sims, ése es su deber.

—Lo dudo.

—¡Sí, sí! Voy a llamarla, para que le lea usted la Biblia.

—Tengo que estudiar. Perdóneme hoy.

Y se separó de él, yendo a un cercano bosque, donde se enfrascó en la lectura de un libro religioso.

Enfrascado en su lectura, no oyó los pasos leves de Nina, que se acercaba lentamente.

Nina había pasado una noche inquieta. El bofetón dado al padre, parecía como si hubiese repercutido en su propia alma.

Miró al pastor, que permanecía inmóvil, sin levantar los ojos del libro. Ella recogió con el pie una paletada de tierra y la echó sobre el volumen.

Sims levantó los ojos y miró a Nina, la mujer incorregible, a la que él había dado ya por perdida para la causa de Dios.

—¿No me dice usted nada hoy? — dijo ella riendo.

El sacerdote, sin decirle una sola palabra, y luego de aventar los granos de tierra que había en el libro, siguió leyendo, prescindiendo en absoluto de la muchacha.

Más ofendida por aquel desdén que si la hubiese hablado con dureza, Nina no se dió por vencida.

—¿Le gusta a usted la música vudú? ¿No me contesta?

Sims, entonces, la miró con cierta indiferencia.

—Perdone usted. No la oía. Estaba leyendo.

—¿Por qué no me lee a mí también?

—No lo necesita.

Nina sonrió. Sin saber por qué, había en todo ella un extraño desco de acercarse a aquel hombre, de borrar con sus palabras la injuria del día de ayer.

—Tal vez si leyera en voz alta, me convertiría —agregó.

—Lo siento, pero no puedo leer bastante alto para esto.

—¡Le desafío a que lea! — exclamó como un reto.

Y se sentó junto a él, llenándole del olor a yodo, a aire salobre, que emanaba de su morena y graciosa figura de mujer.

El pastor se sintió turbado unos instantes, y acabó por decir:

—Perfectamente. Voy a hacerlo.

Y con voz grave y triste, leyó:

El Señor es mi único refugio. Nunca temo las tinieblas de la noche. Nuestro Dios...

Ella le interrumpió con una carcajada que era, como decía el poeta, "una blasfemia entre la oración".

—¿Por qué se ríe?—censuró él.

—Eso es bueno para los niños. Yo no tengo nunca miedo.

—¿No?

—¡Nunca! Usted es quien tiene miedo—agregó malévolamente, acercándose más a él y rozándole casi los labios.

—¿De quién?—dijo Sims, confuso, procurando retirar la cabeza.

—¿De Nina! ¿Me engaño?

—¡Qué tontería!

Por un momento, sus manos parecieron iniciar una caricia, pero consiguió detener el desenfreno de su imaginación.

Aquella criatura era una hermosa mujer, llena de todas las perversidades y tentaciones de la juventud. Y él era un hombre, un hombre solitario en aquel momento, que debía luchar contra el peso implacable de las pasiones.

Pero consiguió dominarse y apartó de sí a Nina.

—Está usted orgullosa de su juventud, ¿verdad?—dijo él.

—Claro. ¿Sería yo mejor si fuese gorda, como mi criada Nimba?

—Sí. Sería mejor. Entonces no enviaría usted a los hombres a matar al Demonio del Mar.

—¿Y yo qué tengo que ver con ellos?

—Usted les incita, usted les promete amor... y ellos exponen su vida por sus caprichos.

—Si son tan estúpidos, ¿qué tengo yo que ver con ellos?

—Es usted coqueta, coqueta con todo el mundo... hasta conmigo.

—¿Con usted? ¡Eso es mentira!—protestó.

—Pero conmigo no vale.

Nina le miró con desdén. Luego, disgustada, se volvió de cara al mar, y su sorpresa fué enorme al ver que había atracado un barco que llevaba una bandera negra.

—¡Oh! ¡Una bandera negra otra vez!—dijo.

—Así parece. El mar no se cansa de hacer víctimas.

—Es el barco en que iba Juan. ¿Quién habrá muerto? Yo les dije que fueran a matar al Demonio. ¿Qué habrá ocurrido?

—¡Una víctima suya, Nina! ¡Ay de su conciencia!

Espantada de su propia obra, la muchacha corrió hacia el muelle, seguida a alguna distancia por el reverendo Sims.

Desembarcaron al muerto. Era uno de los marineros, Dutchy, que había partido con Juan y otros compañeros hacia el mar, para ver si conseguían

cazar al monstruo y de esta manera convertirse en héroes a los ojos de Nina.

Pero el enorme pez raya no era fácil de dominar. Con la furiosa embestida de sus aletas, había pegado un fortísimo golpe a la embarcación, haciéndola casi zozobrar y echando al agua a Dutchy.

Cuando los demás marineros consiguieron extraer de nuevo a Dutchy, ya no hallaron más que un cuerpo sin vida. El Demonio del Mar había atacado al desgraciado.

Volvieron todos horrorizados a la isla. Nina, al contemplar al muerto, sintió por primera vez el espanto que causa el remordimiento. Se dió cuenta de que había sido ella la responsable de aquel trágico fin. Se acordó de las palabras acusadoras del pastor, y sintió miedo.

Iban a dar sepultura al cadáver en el cercano cementerio. Habían acudido todos los habitantes de la isla, lamentando la muerte de aquel hombre joven, la segunda de las víctimas del Demonio del Mar, en pocos días.

Limey se acercó al reverendo Sims y le dijo:

—¿Quiere usted venir con nosotros para ayudar a enterrar a ese desventurado?

—Es mi obligación hacerlo. Vamos allá.

Las antorchas hacían más lúgubre la procesión. Llegaron al cementerio. Iba a darse sepultura al desdichado.

—¿Va usted a leer el oficio?—preguntó uno.

—¿Por qué no?—respondió con delicadeza el pastor.

Nina, desde un rincón, le observaba. Sentía temor ante la presencia de la muerte. Y es que esta muerte había sido causada por ella.

El reverendo comenzó a leer con su voz grave y melancólica:

Con la muerte no acaba todo. Yo soy la Resurrección y la Vida y aquellos que creen en Mi ganarán la vida eterna. Nuestros pecados secretos se diluyen en la luz de tu sabiduría. Ten piedad de nosotros, Señor. Hágase siempre tu santísima voluntad.

Después bendijo el féretro. Unos cuantos hombres dieron tierra al desgraciado Dutchy.

Nina, que no podía contener las lágrimas al comprender que era la responsable de aquella muerte, se sentía aterrada. Parecíale de nuevo como si la luz de la fe cristiana se hiciese en su corazón. Las oraciones leídas por el pastor, palabras de perdón que aseguraban que nadie debía desesperar nunca del afecto divino, caían en su alma como bálsamo dulcísimo.

¿En qué error había vivido hasta entonces? ¿Cómo se había dejado deslumbrar por la luz falsa de los ídolos, de aquellos aborrecibles y grotescos fetiches vudús?

El gobernador quiso acompañar a Sims a su casa.

—¿Quiere usted que vayamos juntos? Le acompañaré hasta su cabaña.

—Gracias. No se moleste—le dijo.

—¿No se siente usted bien, señor pastor? Parece enfermo.

—Me siento conmovido, como todos ustedes, pero no es nada. Ya pasará.

Y despidiéndose de sus amigos, se dirigió hacia su vivienda. De pronto vió que dos hombres le miraban. Uno de ellos era Juan, el otro se apellidaba Corsican. Hablaban seguramente de él, y el pastor apresuró el paso, como si quisiera evitar comentarios de ninguna especie.

—Parece que nos huye—dijo Juan—. Sus motivos tendrá para ello.

—Tú sueñas.

—No. ¿Te acuerdas del policía francés que nos habló del presidiario escapado?

—¿No voy a acordarme?

—Pues, tengo sospechas de que es él, el pastor Sims. Y, fíjate: hay doce mil francos de premio por su captura.

—No vayas tan de prisa. Es muy peligroso. Veremos de ahondar nuestras sospechas y cazarlo en cuanto sea oportuno.

—Pero hay que evitar que pueda huir. Temo que sospeche de nosotros.

—No me inspira cuidado.

Y se alejaron para seguir fraguando su plan.

* * *

Entretanto, el pastor había llegado a su casa. Momentos después abrióse la puerta y apareció Nina.

El hizo un movimiento de disgusto al verla en la cabaña. No quería encontrarse a solas con esa mujer, que tenía hiciése mella en su espíritu.

—¡Váyase, Nina! No es hora de visitas.

—¿No quiere usted hablar conmigo?—le dijo con una voz dulce y un poco temblorosa.

—No tiene nada que decirme.

—¿Es que soy tan incorregible que ya no me quiere ayudar? Se lo digo con honda sinceridad. La ceremonia de esta noche me ha emocionado. Yo deseo que me ayude a comprender de nuevo las virtudes de mi fe.

Pero Sims, tembloroso y sintiendo que en su alma se elevaba un culto pagano hacia aquella mujer, cuyo aliento le había perturbado horas antes, le contestó:

—Bastante trabajo tengo con ayudarme a mí mismo.

—Escúcheme usted, padre Sims. No hay nadie a quien pueda decirselo, más que a usted. Yo he hecho una cosa terrible.

—Se refiere a ese hombre que ha muerto; ¿no?

—Sí, padre. Dutchy estaría vivo si no hubiese sido por mí. Yo le empujé a la muerte engañándole con mi promesa de amor. Expuse a los demás a

que hiciesen lo mismo. Y volverán a hacerlo. Y tal vez mueran también.

Su sinceridad era ahora absoluta. Al propio tiempo que sentía repugnancia por su conducta pasada, algo atrayente, pleno de sugerencias, le hacía solicitar la compañía del pastor. En su alma se mezclaba el culto al reverendo Sims con cierto misterioso interés hacia el hombre enérgico y puro que tenía delante.

Aquellas palabras de acusación, de rudo dolor, conmovieron también el alma del pastor.

—No se culpe a sí misma, Nina. Ellos lo hicieron porque la querían.

—Cuando hablaba usted esta noche en el cementerio, he comprendido lo bueno que es usted, y con cuánta indignidad le he venido tratando.

—¿Bueno yo?

Su mueca se hizo torva. Agregó al cabo de unos momentos:

—No. Yo soy de lo peor que nadie se puede imaginar.

—No lo creo. Su vida debe ser un milagro de bondad. ¡Oh, hábleme como ha hablado antes, cuando enterraban a Dutchy! Ese sermón ha influido en mí más que ninguna otra cosa antes de ahora.

—Voy a leerle los Evangelios, Nina.

Y con cierta tristeza, interrumpicudo de vez en cuando la lectura, el sacerdote empezó a leer... Después de dar lectura a varios párrafos del más sublime de los libros, leyó éste:

Aunque tus pecados sean rojos como la sangre, se tornarón blancos como la nieve.

Ella le interrumpió:

—¿Qué significa eso, padre? ¿Que podré ser perdonada? ¿Que mereceré de nuevo la confianza de Dios?

—Sí, hija mía.

—Padre, siga usted leyendo.

Y se acurrucaba junto a él, llenándole de su delicioso perfume.

¡Ah! ¡Cuántas emociones pasaban por el alma de Sims! ¡Leía y su pensamiento estaba lejos de la lectura, contemplando de reojo a aquella mujer que con su aire ingenuo y bravo a la vez parecía hacer vibrar su sangre!

Sims temió venderse, acordóse de que hay que huir de la tentación y, cerrando el libro, dijo a la mujer:

—Es mejor que se vaya, Nina. Es muy tarde ya.

—Yo estaría escuchándole mucho tiempo.

—No es posible. Si supiese la gente que está usted aquí, ¿qué iban a decir?

—Tiene usted razón. Soy muy tonta.

Y después de estrechar cariñosamente la mano del pastor, salió de la cabaña.

* * *

Sims quedó en un estado de gran excitación. Se daba cuenta de que aquella mujer influía poderosamente en su alma, se había apoderado de todo él,



—¿Qué significa eso, padre?

de la última gota de su sangre, del último latido de sus venas.

Y esto no podía ser. ¿Qué iba a pensar la isla entera, si sospechara la verdad? ¿Cuántos perjuicios podía causarle su conducta?

Sintió sed, una sed horrorosa. Registró su maleta. Había en ella varias botellas, pero vacías. Necesitaba beber, era tal vez el único consuelo a las pasiones agitadas de su alma.

Casi sin saber lo que hacía, imbuído por la idea tenaz de probar licor, se dirigió a la taberna, a la sazón concurrida de marineros, entre los que se hallaba Juan.

Entró en el bar. Pareció marearle de repente la atmósfera densa en que todo estaba envuelto.

Pero, decidido, poseído de gran nerviosidad, dirigióse al mostrador y llamó a grandes voces al camarero, entre la extrañeza de todos los concurrentes, que se preguntaban cómo era posible que el severo pastor frecuentase aquel antro.

Juan se frotaba alegremente las manos y decía algo al oído de su compañero Corsican. ¿No era lo que sospechaban ellos? ¿No era aquélla una prueba irrefutable?

El dueño del bar había acudido a las voces de Sims.

—Sírvenme whisky—le había dicho éste.

—Tome usted.

Le sirvió una copa, que Sims apuró de un solo trago, con ardiente voracidad.

—Fíjate cómo el pastor y el whisky tienen aire de ser vicios amigos—dijo Juan.

—En los trópicos, cada uno se gobierna a sí mismo, camarada.

—Voy a decirle que me invite.

Juan se acercó al pastor, que seguía bebiendo con frenética embriaguez, como si necesitase olvidar muchas penas.

—¿Me deja usted beber de eso?—le dijo el marinero.

—¡Toma!—contestó el otro, lanzándole una mirada siniestra.

Bebieron los dos, y Juan agregó, contemplándole con una malicia agresiva:

—¿Qué cosas se ven en el mundo! Es la primera vez que veo a un pastor beber whisky como un pirata.

Los ojos inyectados del pastor le atravesaron con una mirada feroz, de odio mortal.

—Métete esto en la cabeza—dijo Sims, sacudiéndole con brutalidad—. Apártate de mi camino, si no quieres que te aplaste.

—¿Me amenaza?

—Y cumpliré lo que digo.

Apartándolo brutalmente a un lado, salió de la taberna. Tenía miedo. Aquel Juan sabía demasiado.

Poseído de un agresivo furor, sintió varias veces el deseo de volver a la taberna para castigar a Juan; pero se contuvo.

Volvió a su casa, pero antes, al pasar por la vivienda del gobernador, se decidió a entrar en ella.



—¿Me deja usted beber de eso?

El señor Limey estaba durmiendo sobre la mesa. Lo sacudió varias veces, sin que despertara. Seguramente había hecho abuso del alcohol, y no despertaría hasta mucho después.

Le pareció oír pasos en la parte superior. Allí estaría Nina. Vaciló unos minutos que le parecieron horas. Pero acabó por decidirse a entrar en el cuarto de aquella mujer, que era la causante indirecta de los tormentos que padecía.

Empujó la puerta y encontró a Nina, que se disponía a acostarse.

—¿Usted aquí?— dijo atemorizada, sin poder comprender el motivo de aquella inesperada visita.

—Nina, perdóneme, pero he decidido marcharme esta misma noche.

—¿Por qué quiere usted irse?

—No tengo tiempo de explicarle la historia de mi vida. Vengo para despedirme de usted, para decirle adiós para siempre.

—Pero usted es un sacerdote, usted no puede escapar de esa manera del pueblo—protestó.

—¡Oígame bien, Nina! ¡Yo no soy un sacerdote!

—¿Que no es usted...? ¡Oh, cuénteme, cuénteme!—dijo Nina con una alegría que le era imposible disimular.

—Yo soy Juan Dennis, un fugado del presidio de la Isla del Diablo. Me enteré por casualidad, poco después de mi huida, que el pastor Peters estaba enfermo muy lejos de aquí, y que seguramente no podría volver más. Me proporcioné una Biblia, un traje de pastor y aquí vine en su substitución.

—Pero, ¿por qué se ha decidido usted a huir?

¿Quién va a saber nunca la verdad? Yo no lo he de confesar...

—Juan me ha descubierto y quiere ganar la recompensa de los doce mil francos que ofrecen por mi captura.

Nina meditó unos momentos. Un júbilo indescriptible encendía su alma.

—Tiene usted razón. Debe usted huir. Vayamos en busca de una barca.

—¿Vayamos! ¿Los dos?—preguntó, intranquilo.

—Sí, John, puesto que no es usted partor, puedo irme con usted.

—Pero, ¿sabe usted a lo que se expone, las persecuciones de que seré objeto?

—¿Y qué me importa eso? Usted me ha consolado, y ahora yo le consolaré a usted.

—¡Nina! ¡Nina de mi vida! Al fin y al cabo, todo ha sido hecho por Dios para que nos encontremos. Porque yo... te quiero, Nina. Me parece que si tú vienes conmigo, he de triunfar, salir de esta situación desesperada.

—John, tu papel de sacerdote lo representaste con tanta sinceridad, que de veras hiciste volver la fe a mi corazón. Te estaré eternamente agradecida. Llévame adonde tú quieras.

Por primera vez se besaron apasionadamente. El temor a una profanación ya no existía entre ellos.

El falso pastor regresó a su casa, rogando a Nina estuviera preparada para marchar en breve.

Pero mientras en su cabaña estaba arreglando sus

últimas cosas, dos hombres llamaron violentamente a la puerta. Eran Juan y Corsican, que venían a detener al pastor, que estaban seguros no era otro que el presidiario escapado.

—¿Qué queréis a estas horas?—les dijo el falso sacerdote con altanería.

—Parece que se marcha usted, ¿no?

—Yo me voy cuando estoy dispuesto. Y ahora lo estoy.

—¡Bien, bien! No hay duda de que éste es un buen lugar para esconderse.

John le miró con odio feroz.

—¡Oiga, padre!—dijo Juan, sonriente—. Si un hombre se escapara de un presidio, como el de la Isla del Diablo, podría...

—Eres un hombre listo, Juan—dijo el falso pastor con una sonrisa altiva.

—No me interrumpa. Podría esconderse aquí, y hasta tomar la apariencia de un sacerdote.

—No sé a qué viene todo esto. No me entretengáis, que tengo mucha prisa.

—Pues, ha de oírnos. Eso es lo ocurrido con John Dennis y, según parece, tiene un gran parecido con usted.

—¿Y qué me importa?

—¡Farsante! Tú eres el evadido de la Isla del Diablo. Te descubrimos desde el primer día.

John Dennis, atemorizado ante la idea de que pudiera ser detenido, se dirigió velozmente hacia la puerta; pero le cerraron el paso.

Se arrojaron sobre él. Durante unos minutos, la lucha fué intensa, brutal. Aunque John era hombre corpulento y llevaba al principio gran ventaja, tuvo que rendirse a la fuerza de los dos adversarios.

Le ataron fuertemente y lo llevaron al muelle, donde lo embarcaron en una lancha.

Pusieron rumbo hacia la Isla del Diablo, para entregar al preso.

—Ahora, a conseguir la recompensa... y lo que es mejor, a Nina—dijo Juan.

—Y yo, por ayudarte, ¿qué?—dijo Corsican.

—Para ti, la mitad del dinero. Para mí, el resto y la mujer. Por algo soy yo el autor del plan.

Iban contentos, en espera de la felicidad que les iba a sonreír. John, atado fuertemente, con los brazos a la espalda, sufría al ver lo amargo de su destino.

Llevaban algunas horas navegando. De pronto sintieron un espantoso rugido, que erizó a todos la piel.

¡El Demonio del Mar estaba cerca! Vieron al monstruo que se acercaba, que con sus aletas enormes levantaba una columna de espuma.

Antes de que pudieran defenderse, ya el pez raya había dado un fortísimo golpe a la barca, haciéndola casi zozobrar y derribando de ella a Juan, que desapareció entre el oleaje.

Horrorizado, Corsican desató a John, para que entre los dos pudieran ir a tirar un cañonazo contra el monstruo.

Un nuevo golpe en la barca hizo caer al mar a Corsican.

John Dennis, espíritu generoso, hizo todo lo posible para salvar a aquellos dos hombres, pero todo era inútil ya. Las fauces trágicas de la bestia habían caído sobre ellos.

Sin perder la serenidad, Juan preparó rápidamente el pequeño cañón. Era preciso disparar, si no quería seguir un fin igual al de sus perseguidores. Rápidamente, con admirable puntería, lanzó el arpón, que vino a clavar en la cabeza de la fiera.

Saltó de un modo fantástico el gigantesco pez, dió varias volteretas impresionantes, hasta que volvió a caer, esta vez dejando a su alrededor la substancia lechosa de su cuerpo.

Permanecía inmóvil. Había muerto ya...

Procuró John ver si podía distinguir aún a sus compañeros; pero el oleaje los había echado hacia el fondo o hacia muy lejos de allí.

Melancólico, regresó con la barca a la isla... Era ya entrada la mañana. Nina parecía aguardarle entre los acantilados y corrió hacia él, loca de felicidad.

—¡Tú! ¡Tú otra vez!—le dijo—. ¡Temía por tu suerte! Me dijeron que tú, Juan y otro hombre, habíais embarcado con rumbo desconocido.

—Así fué, Nina. Pero Dios ha castigado a esos hombres por medio del Demonio del Mar, el mismo monstruo que mató a tu hermano. Pero no te pre-



—*¡Volveré por ti para siempre!*

ocupes, Nina. Yo he matado al pescado raya... y quiero que me des tu amor.

—Todo mi corazón es tuyo, John. Pero, marchemos inmediatamente.

—Todavía no, Nina. Partiré ahora yo solo. Me quedan sólo tres años de estancia en el presidio... y voy a cumplirlos. Con mi buena conducta, inspirada en tu recuerdo, conseguiré que no me pongan aumento de pena por mi huida. Y después que haya pagado mi deuda en la Isla del Diablo, la deuda que tengo con la sociedad por haber cometido varias estafas, nada nos separará ya, Nina. ¡Volveré por ti para siempre!

—¡John... no me olvides!

Y le estrechó contra su corazón, como si quisiera fundirse en su persona.

* * *

Y a los tres años, cumpliendo la palabra dada, John Dennis volvió a la isla y se llevó de ella a Nina y a su padre, para vivir en otro rincón del mundo la vida vulgar pero tranquila de los que trabajan, aman y son felices con lo que tienen.

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barrià, 16; Madrid: Caños, 1

Tipografía Barcelona - Arbon, 206 - Teléfono 78957 - Barcelona

Ediciones BISTAGNE

Passeig de la Pau, 10 bis
Teléfono 1861 - BARCELONA
